

COVID-19 y archivos: ¿memoria colectiva o selfie?

LLUIS-ESTEVE CASELLAS | @lecasellas



Preservar lo efímero no es un reto mayúsculo, es la evidencia de la imposibilidad de vaciar el mar. Sin embargo, no son pocos los archivos, bibliotecas, museos y centros patrimoniales, en general, que han impulsado campañas para preservar la memoria de la pandemia creando “archivos” o “fondos” (es decir, colecciones, no nos engañemos) vinculados al confinamiento y al COVID. Dietarios, memorias personales y, especialmente, documentos gráficos de calles y plazas vacías, rótulos alusivos en negocios y establecimientos, de personal sanitario agotado, personal de limpieza y de atención al público cumpliendo escrupulosamente con su trabajo, personal seguridad ante situaciones diversas, y mascarillas por doquier junto a memes de rollos de papel higiénico. Documentos similares, de hecho, en cualquier sitio habitado que comparta metadatos de latitud geográfica y de características poblacionales.

Podríamos discutir sobre el equilibrio entre calidad, cantidad, redundancia informativa y, naturalmente, cómo debería ser su valoración, sus criterios de selección. No, no voy a arremetarme a ese cazo. Tampoco sobre la originalidad del punto de vista, pues obviamente ha primado lo local. Ni sobre la vertiente de original en cuanto a quién lo ha creado realmente. Cuestión, ésta, para nada irrelevante cuando la información se ha compartido hasta la saciedad y, en un ataque de generosidad, ingresa al archivo cual aluvión torrencial. No, no discutiré cómo se han acreditado autoría y titularidad, los derechos sobre los documentos, su régimen de acceso y eventual protección de imágenes de menores en posibles reutilizaciones posteriores.

También sería de interés abordar todo lo capturado —literalmente— en las redes socia-

les cual pesca de altura, sobre todo en Twitter mediante hashtags en busca de bancos no de arenques sino de tuits, retuits, me-gustas, documentos, imágenes, etc. Sí, ya sabemos que existen los medios para hacerlo, el *toque* está en cómo ponerlos a disposición pública o en si debemos ir más allá, analizarlos y generar directamente un documento-producto de su análisis.

Sí, todo ello podría ser de interés, pero no, no voy a entrar en valorarlo. No tendría sentido porque hemos actuado por pura convicción #OA (sí, #OrgulloArchiver@ para *boomers* de archivo), y no por mimetismo. Por consiguiente, doy por sentado que cada acción ha sido meditada, o impulsada sobre un poso previo de actividad continuada en la insoponible levedad de preservar lo





efímero. Nadie se lanza a la piscina si sabe que no hay agua, y quiero pensar que había agua. No obstante, hay quien advierte que, impelidos por la preservación mediática de la memoria, los archivos se han visto obligados a la admisión sin restricciones y “a acumular documentos a granel de expresiones heteróclitas”. Por ello, Gilbert Coutaz, director honorario de los Archivos de Estado del Vaud en Suiza, apunta al retorno de la función reactiva de los archivos en contraposición a la proactiva (*Proactive ou réactive, la politique d’archivage du vécu de la COVID-19?* Post a LinkedIn junio de 2020).

Hay, sin embargo, algo que ronda insistentemente por mi cabeza. No estoy en contra de impulsar campañas de creación de documentos, al contrario. Es más, documentar el presente con una decidida orientación a trascender para la historia no es un hecho nuevo, y la función de registro de la fotografía desde su invención es el mejor ejemplo. La cuestión es que visibilizar un hecho histórico supone siempre invisibilizar otro y, yendo más allá, el simple hecho de observar ya altera el escenario, como bien sabe el fotógrafo de lo espontáneo y los especialistas en física cuántica.

Phillipe Mesnard, profesor de literatura comparada de la Universidad de Clermont-Auvergne (Francia), va más allá y afirma que el observador capaz de capturar el momento y dar testimonio responde siempre a una posición de privilegio que, precisamente, es la que le permite observar (*Une vitrine de saison ou la mise en mémoire du Covid-19*, AOC - Analyse Opinion Critique, 15 de junio de 2020). Además, la presión mediática y el tono del discurso imperante, de “tiempo de guerra” y de “nada volverá a ser como antes”, no hace sino reforzar una visión y una ideología presentista, puramente del momento, conducente a la infantilización de la sociedad y a desviar la atención de los problemas reales generados por esta crisis.

Entonces, ¿cuál es el problema, ese runruneo permanente en mi cabeza? Probablemente la ligereza en la toma de decisiones. Pero no, no sobre las responsabilidades derivadas de aceptar o no la preservación de conjuntos heterogéneos de documentos, no. Más bien es la ligereza de promover la creación de memoria a partir de una decisión tomada en solitario, por una persona o un equipo de profesionales, como si nuestra mirada

fuese pura e impoluta, ajena a cualquier influencia. Y no, no es sólo el *archivo ante el COVID*, sino ante cualquier evento o circunstancia. Por ejemplo, en los atentados del 17 de agosto en la Rambla de Barcelona en 2017, un concejal anunciaba la recogida y conservación de todos los materiales de condolencia aportados por la ciudadanía. ¿Todos? No, afirmaba sin rubor que algunos serían excluidos por islamófobos. Conservación selectiva, memoria dirigida.

No, preservar lo efímero no puede derivar de decisiones puntuales, más propias de una archivística sensacionalista y oportunista que no de criterios profesionales. Preservar lo efímero requiere una política reflexiva, continuada en el tiempo, permanentemente revisada y, sobre todo, compartida. Si de verdad creemos en la importancia de lo efímero, el momento, lo intangible, debemos promover órganos de participación en los que la ciudadanía pueda decidir qué formará parte de su memoria colectiva. Limitar la participación ciudadana al aporte de documentos supone asumir una desviación de entrada y la simple acumulación de selfies de quienes pueden permitirse observar. ■